





Ensayo y error



Mikel Azurmendi

Ensayo y error

(Una autobiografía)



ALMUZARA

2016

© MIKEL AZURMENDI, 2016
© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2016

Primera edición: febrero de 2016

Fotografías: archivos del autor.

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

EDITORIAL ALMUZARA • Memorias y biografías
Director editorial: Antonio E. Cuesta López
Editor: David González Romero
www.editorialalmuzara.com
pedidos@editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com

Maquetación y corrección: Deculturas, S. Coop. And.
Impresión y encuadernación: Coría Gráfica

I.S.B.N: 978-84-16392-65-0
Depósito Legal: Co-8-2016
Ibic: BGA

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

Advertencia

Este libro no ha sido escrito de corrido con el propósito de levantar un acta fiduciaria de lo que su autor, merced a un acto probo de memoria, recordase de su trayectoria de vida. No obstante este libro sí reúne cuatro escritos, fechados a distancia máxima de cinco años, que disponen en fideicomiso —cual bienpreciado— alguna parte de sus recordaciones más vitales. El hecho de ensamblarlas en una edición orgánica cose esos bienes parciales de la memoria dándoles figura de un paño entero, o sea, de vida completa, de dibujo en entero de un humano conduciendo sus actos desde un inicio vital hasta el recodo próximo al desenlace.

Se imponen de inmediato dos aclaraciones. La primera, de por qué llamo «bienpreciado» al producto de haber divagado la mente a través del pasado de mi vida. Lo llamo así porque la dignidad de la persona consiste en la contribución de sus actos al bien(estar) del mundo. Créase o no en el alma humana, créase a puño cerrado en la nuda racionalidad o bien en una panteísta integración del cosmos, el caso es que la dignidad del ser humano sólo se sigue de los actos de cada cual por mejorar el mundo que encuentra en su derredor. De manera que cuando un humano se juzga a sí mismo públicamente sentándose desnudo en medio de todos, se pone en trance no sólo

de que el mundo evalúe sus vergüenzas sino de que las legitime. Por *mundo* se entiende a nuestros amigos y allegados para empezar y, además, a los círculos concéntricos que se amplían socialmente a partir de las acciones en que se involucró la vida profesional y sentimental de uno. Cuanto más se acerquen el relato de fulano sobre sí mismo y el que ese mundo haga sobre esa persona tanto menos engañosa habrá constituido la vida de ese humano. Ya se sabe que el engaño de uno para consigo mismo es lo que más indigno vuelve al ser humano: por su perversión de los valores, el de la veracidad ante todo. A quien no sea culpable de dicho engaño se le imputará locura o enajenación, pero a quien lo sea, de humanamente fracasado. Por eso la vida propia que uno refiera a otros, de entrada a sus hijos y amigos, siempre puede constituirse en un gran bien a poco que arrostre el sentido del fracaso de haber podido hacer mejor las cosas.

Una segunda aclaración concerniría a la pretensión de suponer que el relato de una vida pueda fabricarse con un cosido de cuatro telas dispersas. ¿Puede acaso una gualdrapa narrativa dar cuenta del tejido inconsútil que conforma una vida humana? Esta interrogante me obliga de partida a aclarar qué piezas he hilvanado y qué significa para mí haber vaciado la memoria de mi vida ante los lectores. Cuando en el verano de 2010 escribí *Vascos comunicantes* reflexionaba sobre el filo que había tomado mi existencia hasta el punto de que otros me considerasen un proscrito y yo, a mí mismo, un vergonzante apesadumbrado por la tajadura radical de su ideario. La escritura condujo mi lucidez hacia la humildad y la búsqueda de palabras exactas fortaleció el silencio en el que yo vivía y en el que continué existiendo. Aquel empeñoso texto de 2010 puede que represente el icono de mi existencia pues dibuja la raya moral de mis acciones a partir de mi juventud. En febrero de 2013 leí un librito sobre escritores eusquéricos que también hablaba de mí y decía cosas inexactas insinuando algo infame,

y reaccioné ajustando a la verdad mis hechos de haber escrito en vascuence. Con ello fabricaba mi relato en cuanto escritor euscaldún en el ánimo de que, a partir de esa cota veraz, la crítica literaria y los mentores de la cultura puedan evaluarme en caso de que les interese. A este breve texto lo titulé *Baskos komunikantes*, con una pícaro ironía hacia el autor del dichoso librito. A finales de 2013, rompiendo mi notoria negativa a aparecer en público acepté trasladarme a Barcelona para comunicar a la Asociación por la Tolerancia un mensaje vívido sobre el *extierro* de miles de vascos no-nacionalistas por causas de intolerancia. Recostado en aquella buena gente barcelonesa logré romper la coraza de vergüenza en la que mi alma se hallaba afectada a causa de la persecución ideológica. En aquellos papeles, titulados *¡Asco de vasco!*, pintaba yo ese otro aspecto moral de los desperfectos y averías de mi vida.

Enfrascado en un apartamento del mundanal ruido vino a sorprenderme de súbito la rabiosa señora de la guadaña, en julio de 2014. Yo me aprestaba a dejarme llevar dulcemente por ella cuando gente próxima a mí, royéndole la pena, acudió al quite exigiéndome reñir batalla y rehacer mi voluntad de existir. A día de hoy todavía no he recuperado el resuello pero, gracias a la escritura fragmentada que emprendí tras una prolongada hospitalización (y que cerré en febrero de 2015 con el título nada pomposo de *Papel secante*), me siento completamente curado de cierta repulsión, harto antigua en mí, a vivir la vejez. Puede que esa escritura fragmentada no tenga más trabazón interna que la de un estado mental de pasmo. Pasmo por haberme encontrado ante las puertas del Hades, las cuales —por el mero hecho de ser traspasadas— me habrían hecho desaparecer para siempre del mundo. Además de sorpresiva, esa experiencia ha sido lo vertiginosamente enfática para estimular en quien ha quedado en ese dintel a amunicionar su mente con la reflexión sobre qué sea eso de «cruzarlo». La literatura ofreció parada y fonda a esa reflexión y, conforme

yo hacía jornada en ella, me surgía otro asombro: el de haber comenzado a entender que todo el misterio del más allá de las puertas del Hades reside en el más acá de ellas: en aprender a negociar día a día la humanización del salto hacia la propia desaparición. El secreto del dintel que, una vez lo crucemos ya habremos dejado de ser, estriba en que uno logre llegar a ser hoy de otra manera a la de ayer, distinto de lo que ayer fue. Actuando de una manera más humana, más humanitaria. Ese secreto estriba en que las murallas que un hombre le pone a otro hombre puedan ser derribadas en cada acontecimiento de su vida. Porque «frente a la muerte todos los hombres habitamos una ciudad sin murallas» (Epicuro). En eso podría consistir acaso el vivir la existencia sacándole el máximo partido a la muerte, en lo cual consiste mi presente pero también grandes fases de mi pasado aun sin yo haberme dado cuenta de ello hasta pergeñar estos cuatro harapos de escritura. Por eso no me privaré aquí de confirmar aquel aserto del pensador colombiano Nicolás Gómez Dávila: «Cuando cobra total seriedad, la meditación metafísica culmina en el relato autobiográfico».

El zurcido de tres remembranzas de mi pasado con esta última que configura mi actual manera de existir en el mundo, lo considero más que suficiente para anunciar el tono y color que ha tenido y tiene mi vida. Los aspectos sentimentales coagulados a la sensualidad y al sexo, que suelen empapelar de tecnicolor una existencia, los he dado de lado porque a través de mis novelas los personajes que invento siempre acarrean consigo —como no podía ser menos— parte del orgullo viril y de los consiguientes traumas que he apechugado yo mismo. Con esto explícito que quien quiera saber más de mí habrá de leerme en artículos, ensayos o novelas, en lugar de dirigirse a Wikipedia, un espacio donde yo, este helecho tembloroso que pernocta al raso, figuro pero no como hombre de carne y hueso.

Vascos Comunicantes

Merece la pena visitar los escenarios en que se produjeron los acontecimientos decisivos de nuestras vidas, porque así tomamos conciencia de que no tenemos nada que ver con nosotros mismos.

IMRE KERTÉSZ (*Yo, otro. Crónica del cambio*).

Mucho de mi vida se me la han llevado los vascos y eso ha sido muy frustrante para mí. Es lo primero que se me ocurre escribir cuando tropiezo de manos a boca con mi vida. Parte de ella la he vivido fuera de mi tierra: más de nueve años en Francia, casi dos en Alemania, entre América y África se me fueron también dos y he residido casi un año en Madrid y cuatro en Almería. Lugares del mundo donde he reflexionado y escrito sobre la democracia, la inmigración, el colonialismo y el multiculturalismo. Sin embargo, presiento que casi toda mi vida de pensar se me la han llevado los vascos. Me resiento de ello, claro está. Ocho años de juventud en el exilio bajo Franco y otros ocho cuando ETA me metió miedo en el cuerpo y, sexagenario en ciernes, hube de dejar familia y casa, se debieron a que yo pensaba, decía y hacía con los ojos abiertos a lo que pasaba

en mi tierra. Sí, los vascos han cebado el candil de mi pensamiento robándome otra luz posible. Pero no puedo reclamar que encierren a los ladrones, no se trata de un robo. Se trata más bien de una enfermedad, un padecimiento en la libertad de pensar sobre el mundo en que se asienta uno. Un mal no exactamente hereditario sino transmitido entre los vascos por el virus de la identidad colectiva. Una infección patriótica, que el desquite tribal puede volver letal a quien se le resista.

Estas páginas están escritas para significar, desde mis vivencias, esa infección. De entre las vivencias daré de lado a cuanto no apunte a la contaminación misma. Ésta, por tanto, es lo que aquí me interesa, quedando esquinado de inicio cualquier interés por la autobiografía. Cuánto más la de carácter hagiográfico. Mi vida amorosa y familiar, mis aficiones agrícolas, algunos pasatiempos lúdicos y tantos otros episodios singulares, que saldrían a golpe cantado del psicoanalista, quedarán postergados aquí en cuanto no sirvan a una introspección en la enfermedad del pensar. Comoquiera que ser septuagenario me aventaja de múltiples prejuicios librescos, habré de obrar con la conciencia de que mis intereses en un informe autorreferencial podrían salirme medianamente atildados, si la forma se constituyese conscientemente en contenido. O sea, que habré de bucear hasta pronominalmente en la insondable lejanía entre lo que uno es y lo que uno fue. Habré de agrietar en lo posible los hechos con la ironía o habré de marcarlos con la metáfora ingrata, sin contemplaciones. Esquinando la prosopopeya mediante la sintaxis del máximo flujo de emoción ante los destrozos del daño. Porque el fin buscado es relatar no el hilo de la vida sino su filo. Esos momentos en los que unas decisiones personales obraron como destino. Por consiguiente, más que entramar un relato hilado me interesará dejar al descubierto el tajo de mi destino. ¿Cómo escribiré, pues, sino con un ánimo que busque en la escritura misma la verdad de la derrota final de una vida?

ESCRIBIR SOBRE UNO MISMO...

Para iniciar con buen pie la búsqueda de un supuesto filo en sus trabajos y días, en lugar de encomendarse a las musas, en especial a Memoria, la madre de todas ellas, el escritor abajo firmante aparece en escena zambulléndose dentro del poema de Claudio Rodríguez dedicado a las golondrinas. Les implora que bajen más y más, que echen pie a tierra sin desaliento. Por si serenan el vuelo y le rozan a él, haciéndole recordar «qué tardes, qué mañanas mías se han ganado». En esa «azul tarea» discurre la escena inicial del suplicante. Su final sobreviene cuando el escritor agradece a las golondrinas con Claudio: «Gracias, gracias os doy con la mirada porque me habéis traído aquellos días, vosotras, que podéis ir y volver sin perder nada». La golondrina del poeta va y viene, siempre igual a sí misma con su pasado y su presente en volandas. En ella no pasa nada sino vida y muerte en ciclo interminable pero en su va-y-ven lo retiene todo, bien integrado al instinto.

Lo que se haya perdido del vaivén del *Yo abajo firmante* no se lo culpéis a ella, a la golondrina. Lo que ese yo no recuerde tampoco lo inventará, os lo promete de entrada. Hará lo que Aristóteles hacía, al decir de Casiodoro (esa es al menos la versión de las *Etimologías* de Isidoro: «Aristoteles, quando perihermeneias scriptabat, calamum in mente tingebat»). Cuando el filósofo griego escribía el tratado *Sobre la Interpretación*, mojaba la pluma en la mente. El tintero está dentro de uno y en él se unta en este acto de escribir. El yo interpreta desde el hombrecillo que lleva dentro de sí mismo. O escribe interpretándole, lo cual no deja de ser un modo empeñoso de dar sentido actual a hechos propios del pasado.

Al abrirse el telón aparece, pues, este abajo firmante afanándose como la golondrina. Rellenar con barro y palitos de paja un hueco vacío en la casona semiderruida. O acaso en el recodo oculto del alerón de latón de un viejo techado. Hurga

en su atesorada memoria, la selecciona y apila a conveniencia en páginas y más páginas. Como haría con doblones de oro y plata y monedillas de cobre que pusiera en un cofre, tras haber ido desenterrándolos por aquí y por allá. La memoria que él considere útil, naturalmente, porque la inútil queda censurada y acaso vuelva al olvido. ¿No es esto ya un engañarse?

Por fin, a la luz del *flash* final, el sí mismo echa la foto que se dispone a publicar. Hela aquí. La fotografía espera que algún visitante venga hasta él y acepte el precio de la visita y comience el intercambio. Éste tendrá lugar ahí mismo, en la derruida casona o bajo el torpe canalón. Inequívoco lugar de la golondrina, a juzgar señales ciertas en el suelo de haber ella descomido desde arriba. Aquí abajo se exhiben, seleccionados, los trozos del recuerdo escogido de toda una vida. A modo de impúdicos retazos. Según vayan siendo observados en sucesivas páginas, se irá desvelando el desvergonzado motivo de los afanes del escritor. Puede, además, que el ocasional visitador caiga en la cuenta de los melindrosos móviles que a él mismo lo han traído hasta aquí. Víctima él también del regodeo de escrutar lo más secreto del prójimo. Como si asistiese al acto de descomer de la golondrina. De manera que si, al escribir esto por si fuera editado, el escritor abajo firmante buscara también satisfacer el morbo del visitante, ¿qué hará éste al leerle? ¿Comparará las partes del escritor con las suyas propias que, acaso, no conozca tan bien como él mismo suponía? ¿Se ve uno alguna vez completo en sus pudendas sin ayuda de otro, no fuera más que de un simple espejo?

Este negocio especular de la identidad es lo que ha buscado el escritor en el acto memorioso de llegar hasta su sí mismo. Bien enterado de que no habrá logrado verse real y completamente porque, en esta su historia, casi únicamente se interesó por lo que él creía de sí mismo. ¡Cuán poco acudió a las suposiciones que otros allegados suyos, hasta no muy partidarios acaso, se hacían sobre él! Suposiciones que, de haber sido

tenidas en cuenta aquí, habrían modificado la trama de este relato. Hubiesen abierto más la vida al horizonte real de daño, donde ha sido vivida.

¿Puede acaso una vida volverse inteligible, incluso pensable, sin algunas otras vidas junto-con-contracabe-sobre-tras las que fue edificada? La identidad personal, de ser algo, se constituye como álgebra interpretativa de las relaciones amistoso-conflictivas entre yo y otros próximos. Todo un negocio de interés imaginativo entre asociados de la misma empresa humana. A fin de cuentas, dejado el relato en manos de uno solo, siempre le hará creerse alguien bueno, tirando a guapo y bastante listo. Para ese viaje, ¿alforjas?

Llegado a este punto en el que aparecen los psicólogos brindando sus servicios, el escritor tiene a bien avisar que les cerrará a cal y canto la puerta. Él ha seleccionado comenzar por el espejo que le ha ofrecido Fermín, quien en unos cuantos trazos de su vida ha sumido al escritor en el agobio sordo de la perplejidad. Mira por dónde el aprecio de amigo que Fermín tenía por este escritor le condujo a desvelársele humanamente. A abrirse entero, en canal. Así fue como este escritorzuelo que iba a escribir unas páginas biográficas sobre el amigo Fermín, acaso una novela, echó cuentas particulares de qué era haber llegado a ser aquella otra vida. Tan distinta a la suya, pero a ratos tan paralela en bastantes tropiezos y peripecias. Por Fermín Iglesias se comienza, pues, aquí. Afirmándose que él es lo último importante que ha sucedido en la vida de este escritor, tras haberlo heredado como amigo por puro azar a la muerte, pocos años ha, de otro amigo común. Tan importante ha sido amistar con Fermín que, sin esa amistad, jamás hubiera paseado el escritor su pluma de escritor por los escenarios más decisivos de la propia vida. Y no hubiesen existido estas páginas. Porque escuchando a Fermín y grabando lo que iba escuchándole fue cuando el escritor tomó la decisión de sopesar las cotas decisivas del amigo con las propias. Comen-

zar a escribir sobre uno mismo. Dos colegas juntos hablando, tal es aquí el negociado primario de la identidad.

SEA, PUES, FERMÍN UN INICIO

Fermín es un octogenario de sonrisa cálida y natural. Sea que lloviera, nevara o abrasara el sol, siempre fue a la escuela con zapatillas de tela y suela de goma. Hasta ponerse el primer buzo para ir a la fábrica de mosaicos siempre vistió pantalón corto y un jersey. Con sólo decirte eso, el amigo octogenario ya te ha trazado un vasto mapa de su infancia. Este lento, minucioso y jovial anciano se ha ahorrado hablarte de escasez, de sabañones en orejas y manos, de una apesadumbrada conciencia de ir peor vestido que la mayor parte de sus compañeros. De un trabajo en edad infantil. De una permanente esquinadura de tristeza amarga, rayana en el odio. No hace falta horadar en la psicología del niño para que te hayan sobrecogido esos ojos amusgados y recónditos del niño Fermín. Voluntariamente entornados porque aprecian bien poco la cámara que tienen delante. Ojos obligatoriamente fijados a la cámara por el fotógrafo. También por el maestro. «¿Para qué una foto?, yo no la necesito para nada», parece musitar el niño desde la foto con el ceño echado y reconcomidas palabras entre labios.

Para esa fotografía escolar color sepia con el mapa de España de fondo lo han colocado junto a su hermano Julio. Fermín no lo deja ni a sol ni a sombra. Le ha tendido el brazo izquierdo porque no paraba de llorar. Con la mano en el hombro se lo ha atraído hacia sí para que se vea bien que el pequeño no ha de temer a nadie. Por eso Julio sí ha abierto bien los ojos. Como bocinando alerta, una mirada entera, nada temerosa sin ser cordial. Vacilo en si comentarle a Fermín esa impresión de destrozo humano que me causa la fotografía. Pero sólo le sugiero que no aparece muy feliz, que se diga. «Yo odiaba a

todos, hasta sentía odio por las cosas», susurra el Fermín vivaracho que tengo a mi lado y me está contando su vida.

A estas alturas tempranas de mi primera grabación ya he sabido que esa infancia de niño huérfano la vivió en Aranda de Duero. En una barriada de ferroviarios junto a la carretera de Soria. He comprendido también que la vida de Fermín no era precisamente una vida sin padre sino una vida con padre desaparecido. Vida en la que cada día sólo deseas que surja padre en el camino de la estación a casa o aparezca con la escopeta de caza en bandolera. Pero temes que no lo hará, porque lo habrán fusilado en alguna parte de la meseta arandina. Ese desear febril del rapazuelo que lo va devorando sin nunca satisfacerse, ¿qué puede construir sino a un muchacho en disgusto permanente? ¿Cómo funcionará en las entrañas ese deseo infantil sino como una fábrica de resentimiento? O sea, como aleación humana inutilizada en las fronteras de la ira. Eso lo he intuido ante la fotografía. Fermín parece decirte desde ella que lo echaron del colegio de ferroviarios, paredaño a la estación del ferrocarril Valladolid-Ariza. Pero que lo han tenido que readmitir porque madre, con un bebé en brazos, ha montado durante días una patética escena en las puertas del colegio. A su hijo lo habían echado meses atrás porque su padre seguía sin presentarse en la estación.

Ha pasado el año de la victoria y Victorino Iglesias sigue sin presentarse en su puesto de ferroviario. Todos saben que fue fusilado un día de agosto del 36. Suponen que en la madrugada del día 18, porque había pasado dos días en los calabozos del ayuntamiento de Aranda, de donde lo sacaron esa noche. Nadie dice saber nada de él. Ni la Guardia Civil, que fue quien lo detuvo en el domicilio familiar el día 16, después de su jornada de trabajo como mozo de tren.

Ferrovionario de familia de ferroviarios, Victorino tiene treinta y cinco años y su Juliana acaba de parir a Julito, el cuarto hijo. La mayor se llama Primitiva, la llaman Primy. Entre Fermín y

Julito está Luis. Victorino camina por el pasillo y mira hacia atrás y, al ver a Juliana en el dintel de la puerta con el recién nacido en brazos, les dice a los guardiaciviles que se esperen un poco. Echa la mano al reloj y soltándole la hebilla de la correa vuelve a donde su esposa. Se lo da. En ese momento asoman a la puerta Primy y Fermín y Luis. El padre los mira y, diciéndoles que vendrá enseguida, se saca la cadena que le cuelga del cuello y la entrega también a su Juliana. Hay una bombilla enferma de muy pocos vatios en el pasillo que divide las dos viviendas de la casa. Esa medalla de oro apenas ha dado fulgor alguno. A la rabiosa velocidad que confiere la certeza de verse muerto, Victorino ha debido de presentir que lo único que lleva consigo pertenece a la familia y no a los asesinos. Victorino se ha acordado al instante de que días atrás vinieron a por Domingo Rasero. Un compañero ferroviario que vivía en la casa pegante de esta barriada de ferroviarios de Aranda, allende Duero. Barriada con escuela propia y un economato de RENFE. Victorino, noticioso de que ha aparecido acribillado el cuerpo de Rasero, sabe lo que le espera a él. Lo sabe también la pareja de guardiaciviles, por eso les ha parecido bien que entregue sus pertenencias a la familia. Un respeto, faltaba más. La comitiva sale de casa y se dirige a la ciudad por la carretera de Soria. Las casas de la barriada, rectángulos de mampostería de cal y canto de planta única para dos viviendas, separadas por un pasillo común casi sin iluminación, van quedando atrás. Lo suficientemente atrás para que la patria (todo, por la patria) no se inquiete. A partir del momento en que la comitiva haya cruzado el río sobre el impostergable puente y traspasado el arco de la villa, la patria no se inquietará de que otro padre de familia falte en otra de aquellas casas de allá atrás. Ya lejanas, como disipadas en un horizonte sin vuelta atrás.

A los dos días, la Juliana ha vuelto del ayuntamiento, abatida y ausente, con la manta que ha llevado para su marido.

No logra decir palabra a las mujeres de su cercanía para significarles la extinción de todo rastro del marido. Podría decirles que parecería que se lo hubiese tragado la tierra, como se dice en cualquier pesquisa infructuosa. Pero incluso esa locución resultaría obscena por su verismo. Juliana se opone a creer lo que ya todas creen. Eso sí, ninguna de sus vecinas considera que haya que perder la esperanza. Un día de éstos te lo traerán, mujer. Sin embargo todas, una a una todas, ya lo saben: la Juliana ha quedado viuda con cuatro huérfanos. Juliana deberá ponerse a trabajar pues hay que llenar esas cuatro bocas. El huerto deberá producir para la venta y del gallinero deberán salir huevos y conejos para el mercado. Juliana ha asignado a Primy estar a su lado en el huerto y la fabricación de morcillas. A Fermín, estar a la guarda del pequeño Julito. A Luis lo envía a Almazán, adonde sus abuelos ferroviarios: una boca menos. En adelante, Fermín, niño de seis años, no va a dejar ni a sol ni a sombra a Julito y eso que Julito sólo sabe llorar. A todas horas llora. Como si dentro de él no funcionase bien el mecanismo del ángel de la vida. Ése que suele dar señal de esa vida.

Más allá de la ilusión de inocencia que produzca la fotografía escolar que tengo entre manos, esa foto *vige* como certificado. Certificando que la función de sustituir al padre ha sido asumida por un muchacho huérfano ante su hermano menor. Sin embargo, tener que dar a otro sin que se tenga para uno mismo se constituye en otra enfática invitación a la ira. ¿Qué es hacer de padre sin haberse uno beneficiado de las ventajas de un padre?, ¿puede uno hacer de padre a ojo de buen cubero? Calmar el llanto de un niño, como lo hace un padre, suele ser el logro de haber podido ofrecerle solución a algún problema. Por ejemplo, «No llores, hijo, que yo le partiré la cara a ese que te ha insultado». O «Deja de llorar, hija, que yo arreglaré tu muñequita rota». Su significado: que hay una buena razón para dejar de llorar y que el padre está legitimado. El niño que haya escuchado a ese padre dejará al instante de llorar.